

Desarrollo sustentable: una perspectiva desde las Ciencias Sociales

Diego E. Piñeiro¹

Los investigadores de las Ciencias Sociales debemos ampliar la mirada, preguntándonos siempre cuál es el vínculo entre los fenómenos sociales que estamos estudiando y la problemática ambiental. Descubriremos con sorpresa, que los vínculos son mucho más frecuentes y determinantes de lo que imaginábamos en un principio².

El término Desarrollo Sustentable ha tenido una rápida difusión en el ámbito político, en el mundo académico y en los círculos técnicos. Posiblemente la rapidez y amplitud de su difusión se deba a lo que constituye su principal debilidad: la imprecisión de su definición. Existe una profusa literatura tanto crítica como encomiástica del término que ha tratado de contribuir a su clarificación (Sachs, 1997; Worster, 1997; Gligo, 2006; Rogers, Kazi and Boyd, 2007). La propia difusión del término ha hecho que se produzca una verdadera "lucha semántica" por la apropiación de sus contenidos.

El principal punto de discusión proviene de la interpretación de lo que debe ser "sostenido". Si lo que se debe "sostener" es el desarrollo, los "grupos expertos" intentarán transmitir su propia y particular visión del desarrollo. Para los economistas neoclásicos el núcleo del desarrollo es el crecimiento económico, a tal punto que con frecuencia, lo usan indistintamente. Es el capital lo que se debe "sostener" para permitir la inversión, la producción de bienes y servicios que alimentan el consumo y generar ganancias que reproducen el capital en un círculo siempre creciente orientado por el mercado. Para los expertos ambientales es el

capital natural, los recursos naturales, lo que se debe sostener, utilizándolos de tal manera que se puedan reponer. La insustentabilidad consiste en la destrucción de los ecosistemas naturales como consecuencia de un uso abusivo para la producción o por la presencia de externalidades derivadas de la acción humana. Para otros expertos para lograr el desarrollo no basta con el mero crecimiento económico, sino que sus frutos deben ser distribuidos equitativamente para que en las sociedades humanas no haya pobreza y para que los beneficios de la educación, la salud, el trabajo digno, etc. alcancen a todos.

Felipe Arocena en un artículo de esta Revista, revisa cuidadosamente el origen del concepto Desarrollo Sustentable, su difusión, sus fortalezas y ambigüedades, lo cual nos exime de extendernos más en este artículo. Coincidimos con los autores que señalan que existe una tensión entre los términos desarrollo y sustentable, que sólo se resuelve recorriendo el único y angosto camino que queda abierto. Por lo tanto, como es conveniente hacer cuando se trabaja con un concepto polisémico, explicitaremos que entendemos por Desarrollo Sustentable: lo definimos como aquel que promueve el crecimiento económico, acompañándolo

1 Profesor Titular, Departamento de Sociología, Decano de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República. diego@fcs.edu.uy

2 Este artículo es una adaptación de la ponencia que el autor presentara en su condición de Decano de la Facultad de Ciencias Sociales en la apertura del Foro sobre Desarrollo Sustentable co-organizado por EcoPlata y las instituciones que lo integran, en el Salón de Actos de la mencionada Facultad.

con la redistribución equitativa de los beneficios de dicho crecimiento, en un contexto en que las generaciones presentes no abusan de los recursos naturales del planeta que deben quedar disponibles también para las generaciones futuras.

¿Es este desarrollo posible? Mucho se ha escrito y debatido sobre ello y si bien hay quienes lo desechan como una utopía irrealizable, son todavía más los que arguyen que es el único camino posible no ya para el desarrollo y bienestar de toda la humanidad sino para la pura y simple supervivencia de la especie humana.

Distintas voces se levantan para anunciarnos que estamos en el umbral de cambios societales que marcarán un periodo histórico. Si bien los cambios civilizatorios históricamente han sido muy lentos, una de las características del que se preanuncia es su rapidez, aquella que hace que muchos de nosotros nos sintamos desasosegados ante la desaparición de viejas certezas en las cuales nos sentíamos cómodos: la revolución de la informática y de las telecomunicaciones que han acelerado el movimiento y la rotación de los capitales, la globalización de los mercados de bienes y de los mercados financieros, las biotecnologías con sus promesas de bienes abundantes y las estremecedoras posibilidades de manipular la vida que abre tanto situaciones temidas, como esperanzas de longevidad y de curación de viejas enfermedades humanas. Todos estos cambios no han sido suficientes para ocultar que paralelamente y en parte como una consecuencia de ellos, también se está afectando profundamente el capital de los Recursos Naturales, en cuyo uso y abuso se basó la sociedad industrial para lograr los actuales niveles de bienestar.

Herman Daly (1997) ha expuesto la idea de que casi insensiblemente hemos pasado de una economía de un mundo vacío a una economía de un mundo lleno. En una primera etapa del desarrollo que nos condujo al mundo actual, etapa que podríamos ubicar entre fines del siglo pasado y la primera mitad de este siglo, la población mundial era escasa y el desarrollo económico aún incipiente. El trabajo humano aplicado a los abundantes recursos naturales permitía el crecimiento económico y la acumulación de capital. Era este capital creado por el hombre, el capital humano, el factor limitante. Era preciso crear más capital humano para favorecer el crecimiento. En esta empresa, poco reparo se puso en la utilización, muchas veces desmedida y devastadora, del capital natural.

Sin embargo, argumenta Daly, estamos llegando rápidamente al límite de la capacidad de carga que puede soportar la biosfera. "Si tomamos, por ejemplo, el porcentaje de apropiación por parte de los seres hu-

manos del producto neto de la fotosíntesis con base terrestre como índice de hasta qué punto los seres humanos y sus accesorios llenan el mundo, podremos decir, que éste está lleno en un 40% porque de manera directa o indirecta, utilizamos el 40% de la producción primaria neta de la fotosíntesis con base terrestre." (Daly, 1997:38). Como el período de duplicación de la población es de sólo 35 años, eso quiere decir que hace dos períodos, es decir hace solo 70 años, la proporción de utilización del producto neto de la fotosíntesis era de sólo el 10%. Es decir que en el período de una vida humana hemos pasado de una utilización del 10% (relativamente vacío) a utilizar el 40% (relativamente lleno). Pero en una nueva duplicación, esto es en otros 35 años estaremos al 80% de la capacidad de utilización del producto de la fotosíntesis, lo cual es ya "un grado de plenitud excesivo" (Daly, 1997).

La total ocupación del territorio y la total utilización de la mayoría de los ecosistemas del planeta produce una situación nueva, diferente, que de alguna manera ya había sido adelantada por la tesis malthusiana: que llegaría un momento en que la capacidad de carga de los ecosistemas no sería suficiente para sostener la vida humana. Malthus lo previó y lo propuso para los alimentos: según él mientras los alimentos crecían en proporción aritmética la población lo hacía en proporción geométrica (en mayor proporción) y por lo tanto llegaría el momento en que los alimentos no alcanzarían para los habitantes del planeta [Malthus (1798), 1966]. Si bien esta predicción no se cumplió porque la tecnología aplicada a la agricultura fue capaz de aumentar enormemente la producción de alimentos, no queda tan claro que la predicción no fuese correcta en un sentido más amplio: la capacidad de los ecosistemas para soportar las demandas combinadas de mayor productividad y mayor intensidad de uso. En todo caso ya no puede quedar duda de que el crecimiento de la población no puede ser ilimitado en un planeta cuyos recursos no lo son.

Es cierto también que el modelo de desarrollo occidental, que es el que gradualmente y no sin dificultades se ha impuesto, está basado en el consumo o mejor dicho en estimular la propensión al consumo, mucho más allá de las necesidades elementales para la sobrevivencia, que se transforma así en el motor del crecimiento económico.

Este tipo de crecimiento o de desarrollo económico luego de dos siglos de aplicación ha provocado una serie de desequilibrios en la relación entre las sociedades humanas y los recursos del planeta, que recién en los últimos treinta años han comenzado a hacerse evidentes.

Recordemos someramente algunos de los problemas que han sido desatados por nuestra ilimitada e incontrolada capacidad de consumo: la deforestación de los bosques tropicales, la desertificación, el agotamiento de los recursos pesqueros, el cambio climático, la lluvia ácida, la pérdida de biodiversidad, los serios problemas de la matriz energética con el agotamiento de los combustibles fósiles, el manejo de los desechos de todo tipo que produce la actividad humana, la minería incontrolada, la perforación de la capa de ozono, los problemas derivados de las grandes represas, etc., etc.

No los hemos enunciado en un orden de importancia porque dicho orden puede ser distinto según los países o las regiones del planeta en que se esté haciendo el análisis. Por ejemplo, la pérdida de la capa de ozono es un problema serio para los países del sur americano, pero es casi inexistente en los países del norte. También es posible enumerar problemas tales como la pobreza extrema o la deuda externa como problemas que al menos tienen serias derivaciones ambientales. Así lo hizo por ejemplo el Informe Bruntland y esta fue una de las mayores innovaciones en la comprensión de los problemas ambientales que llevan a un desarrollo no sustentable (CMMAD, 1987). Las poblaciones expuestas a severas situaciones de pobreza son las que terminan agotando los recursos naturales de la región en que viven en un desesperado intento por sobrevivir. Los países fuertemente endeudados se ven empujados a esquilmar sus recursos naturales (con frecuencia el único capital que tienen) para pagar, no la deuda externa, sino sólo los intereses de la deuda que les permite seguir endeudándose para obtener recursos frescos (PNUD-BID, 1990).

Si se recorre la bibliografía referida a la problemática ambiental durante las décadas del 80 y del 90 sobresalen con toda claridad los esfuerzos hechos desde las Ciencias Naturales para diagnosticar y comprender las características de los fenómenos que estaban ocurriendo. No olvidemos que las primeras advertencias científicas sobre el calentamiento global fueron recibidas con escepticismo e incredulidad no sólo por los gobiernos de las naciones más adelantadas, que eran las que se suponía que tenían mayor responsabilidad en haber creado esta situación, sino también por la propia comunidad científica de estas naciones. Recuérdese el rechazo que generó el Informe Meadows preparado para el Club de Roma en 1972, que luego de diagnosticar la situación de deterioro ambiental global recomendaba el crecimiento económico cero (Meadows et al, 1972); o el Informe de la Fundación Bariloche de 1977 que proponía un modelo de desarrollo con tasas más moderadas de crecimiento para el mundo desarrollado para que toda la humanidad

podiese alcanzar niveles adecuados de bienestar en el plazo de una generación [Herrera (1977), 2004]. Fueron necesarios muchos estudios, muchos debates y mucha tinta para que recién con el Informe Bruntland el tema del deterioro ambiental y sus causas humanas comenzara a gozar de cierta credibilidad.

Una forma de comprender el largo camino realizado en la aceptación de las causas antrópicas de los cambios que están ocurriendo en el medio ambiente es recorrer los Acuerdos Internacionales que gradualmente se han ido alcanzando para intentar poner freno al deterioro ambiental (Speth y Haas, 2006). Además de los Informes citados más arriba, en 1972 se realiza la primera conferencia organizada por Naciones Unidas en Estocolmo, que entre otras cosas crea al año siguiente el Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) como organismo especializado. Le siguen varias convenciones en los años siguientes pero el próximo hito es la publicación del Informe de la Comisión Mundial sobre Ambiente y Desarrollo o Informe Bruntland por el nombre de la Primera Ministra de Noruega que lo presidió. Este Informe tuvo un profundo impacto y es el que creó el concepto de Desarrollo Sustentable sobre el principio de la solidaridad intergeneracional. A su influjo se llevó a cabo en 1992 la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro que produjo la Agenda 21, uno de los mas amplios compendios de las políticas que los gobiernos deberían observar para lograr un desarrollo sustentable. Sin embargo la nefasta década de los 90 con sus gobiernos conservadores, significaron el enlentecimiento (que en la práctica fue un retroceso) de las medidas que había que tomar. En 1997 se firmó el Tratado de Kyoto imponiendo restricciones a la emisión de gases de efecto invernadero a partir de 2005 pero que no fue ratificado (hasta recientemente) por EE.UU. y otros países. Esto llevó a que la Cumbre de Johannesburgo también conocida como Río+10 mostrase los escasos avances de la década y el escaso compromiso de las potencias industrializadas, renuentes a tomar medidas que significasen amenazar su poderío industrial (Guimaraes, 2006).

Es por ello que en el Informe sobre el Desarrollo Humano 2007/2008 elaborado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, subtítulo "La Lucha contra el cambio climático; solidaridad frente a un mundo dividido", se concluye sombríamente: "...los gobiernos deben reconocer que enfrentan lo que podría constituir la amenaza más grave que haya sufrido la humanidad en toda su historia".

"Hacer frente a esa amenaza creará desafíos en muchos niveles y, quizás lo más importante, pondrá a

prueba la forma en que percibimos el progreso. Nada ejemplifica de manera tan clara como el clima que la creación de riquezas económicas no es sinónimo de progreso humano. Con las políticas energéticas vigentes, la creciente prosperidad económica irá de la mano con mayores amenazas al desarrollo humano hoy y al bienestar de las futuras generaciones. Sin embargo, el desarrollo económico con altas emisiones de dióxido de carbono es síntoma de un problema más profundo. Una de las enseñanzas más difíciles de aceptar del cambio climático es que el modelo económico que impulsa el crecimiento y el concomitante consumo desmedido en las naciones desarrolladas no es sostenible en términos ecológicos. Nuestros supuestos sobre el progreso no podrían enfrentar un desafío mayor que el de armonizar las actividades económicas y el consumo con las realidades ecológicas.” [PNUD, 2008:15(a)]

Es comprensible entonces que durante las décadas del 80 y del 90 el esfuerzo estuviese puesto en el diagnóstico de los problemas. Hoy, el esfuerzo está y debe estar puesto más bien en responder otras preguntas: ¿Cómo y por qué llegamos a esta situación? ¿Qué debemos hacer para revertirla? ¿Cómo modificaremos la organización social para lograr la armonización que se propone en el texto del PNUD? Es en esta etapa de la comprensión de los problemas de un desarrollo no sustentable que las Ciencias Sociales tienen posibilidad de hacer una aporte sustantivo (Lander, 2007).

Pongamos como ejemplo el tema que está actualmente en el centro del debate: el cambio climático. Como es sabido distintos tipos de gases producidos por la actividad humana (anhídrido carbónico y metano principalmente) se han acumulado en la parte superior de la atmósfera impidiendo que parte de la radiación terrestre se pierda en el espacio exterior. Esto está produciendo la elevación de las temperaturas medias del planeta y está produciendo alteraciones climáticas que modifican los patrones de lluvias, desencadenan huracanes, derriten los hielos polares que a su vez elevarán la altura de los mares, etc. La forma de hacer frente al cambio climático se ha dividido en dos subconjuntos, que al menos analíticamente son útiles para comprender la forma como las sociedades deberían proceder: una es la mitigación del cambio climático (es decir las políticas y las medidas que es necesario tomar para que se produzcan menos gases de efecto invernadero) y la otra es la adaptación al cambio climático (las medidas de política y las acciones que es preciso tomar para que las poblaciones puedan soportar en mejores condiciones los cambios que se consideran inevitables).

Pensemos ahora en el papel que le cabe a las Ciencias Sociales en estas dos formas de lucha contra los efectos del cambio climático. Desde el punto de vista de las medidas que llevan a mitigarlo, las Ciencias Sociales podrían intervenir explorando posibles cambios en los hábitos de consumo energético, en la modificación de la sociedad del automóvil, en cambios arquitectónicos y urbanísticos que lleven a disminuir el consumo de energía, colaborar en la modificación de las pautas de alimentación o en la modificación de las pautas reproductivas para disminuir el crecimiento poblacional, etc. Desde el punto de vista de las medidas que lleven a la adaptación al cambio climático, es posible colaborar en la reubicación de las poblaciones que estén debajo de la nueva cota marítima o (más probablemente en nuestro país) colaborar en la reubicación de poblaciones que están debajo de las cotas de inundación de nuestros ríos interiores que afectados por la modificación de los regímenes de lluvia se desbordarán con mayor frecuencia, desarrollar relaciones sociales diferentes a las actuales en la producción de alimentos y fibras que impidan el abuso de los recursos naturales, colaborar en la preparación de nuestras sociedades para hacer frente a nuevas enfermedades o a la reaparición de otras que estaban extintas o controladas, tomar medidas para hacer frente a las nuevas condiciones creadas por una mayor frecuencia de huracanes y otros riesgos climáticos, etc. En todos estos aspectos que se mencionan solo a título de ejemplo, las Ciencias Sociales tienen aportes para hacer.

Uno de los campos privilegiados en el que las Ciencias Sociales podrían colaborar es en el asesoramiento a los gobernantes (el ámbito de la política) para la elaboración de políticas (*policies*) dirigidas a impulsar la mitigación y la adaptación al cambio climático (y en general a paliar el deterioro ambiental). Como lo han hecho notar otros autores (Gligo, 2006) los gobiernos latinoamericanos y de los países subdesarrollados en general, están mucho más preocupados por luchar contra la pobreza, proveer fuentes de empleo, proteger la salud de la población, etc. Con frecuencia se piensa que las políticas ambientales son un lujo que sólo pueden darse los países desarrollados y no son vistas como una prioridad. Pocas veces se ve la relación existente entre el deterioro ambiental y la pobreza, el desempleo o los problemas sanitarios. Hacerla evidente es otra tarea para las ciencias sociales.

En el Uruguay la expansión de la forestación y la instalación de las plantas de procesamiento de madera para producir celulosa han dejado al descubierto los conflictivos vínculos entre desarrollo y medio ambien-

te. La expansión de la forestación con sólo dos especies ha destruido la biodiversidad existente en las praderas naturales sobre las cuales se implantaron. Más aun, ya no caben dudas de que las plantaciones de eucalipto alteran los ciclos hidrológicos, afectando no sólo los campos vecinos sino posiblemente también el caudal de ríos y arroyos. Puede que la forestación esté dando algo más de empleo que la ganadería pero ¿a qué costo para los recursos naturales? Las mega inversiones en las plantas de celulosa sin duda que han dinamizado la economía y proporcionado empleo industrial pero ¿no sería más conveniente para el país un modelo menos centrado en la producción de celulosa y más enfocado al aprovechamiento y la transformación de la madera para múltiples usos? El litigio con Argentina por las consecuencias ambientales de este modelo sobre los recursos compartidos (sean éstas reales o no) ¿que impacto económico y social ha dejado y aún dejará? ¿se ha valorado este aspecto del conflicto? Como hemos aprendido dolorosamente, el desarrollo para ser sustentable no es sólo una cuestión técnica sino principalmente, una materia de la política (Reboratti, 2007; Alvarado, 2007).

Es cierto también que desde las Ciencias Sociales no son muchos los científicos que han tratado de aportar a la comprensión de estos temas. ¿Cómo explicar lo que nos está sucediendo sin caer en visiones apocalípticas? A mi juicio uno de los que mejor ha teorizado sobre el vínculo entre la sociedad y el ambiente ha sido Ulrich Beck (1998), quien ha acuñado el concepto de la "sociedad del riesgo". Para él la sociedad humana, en especial la sociedad occidental, se encuentra en un cambio de carácter civilizatorio de la misma magnitud que la que disolvió las relaciones sociales de las sociedades agrarias en el siglo dieciocho para dar paso a la sociedad industrial. Esta última ha crecido de tal manera que ha generado riesgos que ponen en cuestión no solo la calidad de vida de los habitantes de este planeta sino incluso su propia existencia. Así como la sociedad industrial produce bienes que se reparten desigualmente, la sociedad del riesgo produce riesgos que se distribuyen contradictoriamente en el sentido que nadie puede escapar a ellos pero cuyos efectos llegan en forma desigual. Los desechos tóxicos de las industrias, la contaminación de los alimentos que se distribuyen globalmente a través de las complejas cadenas alimentarias, los efectos de la lluvia ácida que afecta a los bosques de países productores y no productores de estas sustancias, el efecto invernadero, la destrucción de la capa de ozono y el mayor riesgo de todos, el de la guerra atómica tienen la particularidad de que nadie puede escapar a ellos. Por otro lado

los riesgos afectan desigualmente: son mayores para las poblaciones pobres de los distritos industriales, las industrias contaminantes se ubican cada vez con mas frecuencia en los países del tercer mundo, los plaguicidas afectan a los agricultores que no toman las medidas preventivas necesarias, etc. Los ricos (económica o culturalmente poderosos), pueden minimizar muchos de los riesgos civilizatorios viviendo en lugares exclusivos, aislándose de los peligros más evidentes, comprando alimentos menos contaminados, llevando vidas más equilibradas. Pero "en paralelo a las situaciones de riesgo, los caminos privados de huida y las posibilidades de compensación se angostan ..." (Beck, 1998:42). El afianzamiento de estas diferencias sitúa las viejas desigualdades de clase en un nivel nuevo. Ya no es el reparto poco equitativo de la riqueza en el cual unos tienen porque otros no tienen, sino que en este reparto todos ligan, independientemente de cuánto le tocó a los otros. En este sentido, según Beck, los riesgos despliegan, dentro de la sociedad en que actúan, un efecto igualador y de allí resulta su novedosa fuerza política.

Estamos, por lo tanto, en una transición, según Beck. De una sociedad industrial en la cual la lucha principal estaba dada por el reparto de los excedentes sociales a una sociedad en la cual la lucha será por el reparto de los riesgos surgidos de esta misma sociedad industrial. Pero ambas contradicciones coexisten en la medida en que toda sociedad contiene en sí resabios de la vieja sociedad que fue y al mismo tiempo contiene el germen de la sociedad que será.

Permítaseme ahora algunas reflexiones sobre la situación en nuestro país y en nuestra Universidad. Creo que existen serios obstáculos para que Ciencias Sociales y Ciencias Naturales se vinculen en un esfuerzo mancomunado tratando de aportar tanto a la mitigación como a la adaptación frente a los problemas ambientales.

Un primer obstáculo es el descreimiento, ya que entre nosotros, tanto en la clase política como en la gente común, todavía hay una comprensión limitada de la intensidad de los cambios que están ocurriendo. Una primera coartada es pensar que en realidad estos cambios ocurrirán dentro de muchos años y que no será esta generación la que los sufrirá. Cuestión que puede hasta cierto punto ser cierta pero no deja de ser poco considerada hacia el mundo que le dejaremos a las generaciones futuras. Si bien es posible que las consecuencias de estos fenómenos ambientales estén aún lejos en el tiempo, no así la posibilidad de mitigarlos que es un deber de esta generación, ya que por ejemplo los gases que provocan el efecto invernadero,

lo hacen muchas décadas después de haber sido producidos.

La otra cuestión que se piensa habitualmente es de tamaño: Uruguay es un país pequeño, pocas son sus emisiones y menor su huella ecológica porque tenemos pocos habitantes. Si bien esto puede ser cierto, está claro que los efectos los sufriremos independientemente de nuestro tamaño físico o de nuestra población. Pero además, es sólo en parte cierto porque por ejemplo, como consecuencia de que somos un país ganadero, las emisiones de gas metano por habitante son altas y como se sabe este gas es cuatro veces más efectivo en producir el efecto invernadero que el dióxido de carbono (PNUD, 2008(b)).

Pero aun si fuésemos capaces de vencer las dificultades arriba reseñadas, quedan todavía otras cuando miramos dentro de nuestra Universidad. Creo que la mayor de todas está en la dificultad para dialogar entre las Ciencias Sociales y las Ciencias Naturales. Por un lado hay paradigmas distintos: mientras los objetos de las Ciencias Naturales son generalmente evidentes, el hecho social no lo es y debe ser construido. Por otro lado tenemos diferencias metodológicas: mientras las Ciencias Naturales descansan sobre el método experimental, el método de las Ciencias Sociales a veces es experimental pero muchas otras veces no lo es y éste hecho no siempre es comprendido ni aceptado desde las Ciencias Naturales.

Tenemos también dificultades de tipo institucional: nuestra Universidad está estructurada en torno a disciplinas y son pocas las posibilidades de que investigación y enseñanza se ejerzan con una mirada transversal que es necesaria para comprender los fenómenos en que interactúa sociedad y ambiente. Esto no debe ser interpretado como una crítica a las disciplinas: al menos no es una crítica para las disciplinas de las Ciencias Sociales que son las que conozco. La historia de las Ciencias Sociales en nuestro país, es muy particular: de desarrollo muy tardío en nuestra Universidad en comparación con el resto del mundo, recién comenzaban a desarrollarse cuando la dictadura militar decidió suprimirlas. Cuando reaparecen, a partir de 1985, deben hacer un enorme esfuerzo de legitimación que recién ahora está dando sus frutos. La pretensión de que se cultive la interdisciplinariedad en un contexto en que había que asentar y legitimar a las disciplinas es (cuando menos) un esfuerzo con pocas posibilidades de prosperar. Recién ahora es posible plantearse esta posibilidad.

También hay problemas prácticos para atraer o seducir a los investigadores a que se involucren en el

estudio de los problemas ambientales contribuyendo desde sus disciplinas. Todo el sistema de evaluación de los investigadores es disciplinario: se premia la publicación en Revistas que están fuertemente orientadas por la propia disciplina: ¿qué incentivo entonces para publicar enfoques no disciplinarios? ¿Cómo se evalúa a los que lo tienen, en los concursos de méritos? ¿Cómo se tiene en cuenta este aspecto, por ejemplo, en la evaluación de todos los investigadores del país que realiza la ANII? También está la cuestión generacional: los investigadores más asentados, de más prestigio, lo han adquirido en el ejercicio de su disciplina y la mayoría de las veces cultivando una restrictiva y especializada mirada sobre ciertos aspectos de la disciplina. Legítimamente pueden plantearse: ¿por qué cambiar?

¿Qué hacer entonces frente a estas dificultades?

Por un lado debemos reconocer que no partimos de cero. Enumeremos algunas iniciativas sin pretensión de exhaustividad y para sólo nombrar aquellas más conocidas. En primer lugar, creo que tenemos que apoyar y potenciar a la Red Temática de Medio Ambiente (RETEMA) de la UdelaR, espacio en el cual científicos de las más diversas disciplinas vienen haciendo un esfuerzo desde hace varios años para construir una mirada por lo menos multidisciplinaria. En otro nivel, en la Asociación de Universidades del Grupo Montevideo (AUGM) también hay un Comité de Medio Ambiente que suele realizar un congreso anual que reúne a científicos de las más diversas disciplinas de la treintena de Universidades de la región que la componen. Está previsto que este Comité lance una Revista Ambiental de carácter interdisciplinario. Allí tenemos también otra palanca para impulsar estos vínculos.

En las distintas Facultades se desarrollan cursos de grado y postgrado vinculados a la temática ambiental. Sin embargo, ni siquiera existe un listado de los mismos que unifique la oferta, ni posibilidad de que estudiantes de una disciplina se aventuren a tomar un curso de otra Facultad y se lo reconozcan automáticamente. La posibilidad de hacer estos "cruces" entre disciplinas con reconocimiento académico de los cursos sería un gran avance, no cuesta absolutamente nada en términos monetarios y por el contrario, significaría un mejor aprovechamiento de los recursos existentes.

En la Facultad de Ciencias Sociales el desarrollo de la temática ambiental es todavía muy incipiente. Quiero dejar claro que no creo que sea un buen camino que haya docentes que dejen su disciplina por una aún no bien definida interdisciplina: a mi juicio, lo que se

debe hacer es, desde cada disciplina, tener una mirada y una reflexión sobre cómo pueden aportar las ciencias sociales a una mejor comprensión, corrección y modificación de la problemática ambiental. Desde esta perspectiva entonces, creo que es posible decir que algunos investigadores de esta Facultad trabajan en equipos multidisciplinares en proyectos de investigación con EcoPlata, con la Dirección Nacional de Recursos Acuáticos (DINARA), con la Dirección Nacional de Medio Ambiente (DINAMA), con la Dirección Nacional de Aguas y Saneamiento (DINASA), y en varios proyectos de investigación con otras Universidades de la región.

En materia de docencia, el nuevo Plan de Estudios aprobado y vigente a partir del año 2009, permite que un estudiante tome hasta 30% de sus créditos en cursos que no son de su disciplina. Esto abre un campo nuevo para la docencia que se debería aprovechar. En el Departamento de Economía se ha dictado un Diploma en Economía Ambiental, y tenemos algún curso de grado en Desarrollo Sustentable. Tal vez lo más innovador es nuestra participación junto con otras cuatro Facultades en la Maestría de Gestión Integrada de la Zona Costera, apoyada académicamente por la Universidad de Dalhousie de Canadá, y financieramente por la cooperación canadiense (CIID) y por nuestro Ministerio de Vivienda, Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente. Esta Maestría está finalizando su primera edición y pronto hará el llamado convocando a la segunda edición.

¿Qué más se podría hacer? El Espacio Interdisciplinario que la UdelaR creó recientemente y al cual dotó con algunos recursos es un ámbito en el cual la RETEMA podrá crecer y definirse con mayor claridad. Es necesario que la RETEMA encare actividades de docencia, que empiece a crear un espacio de enseñanza en el que los estudiantes encuentren una reflexión transversal a las disciplinas, con una oferta de cursos abiertos, optativos para estudiantes de diversas Facultades. Asimismo desde la CSIC debería haber llamados específicos que apunten a fortalecer la investigación multidisciplinaria en Medio Ambiente.

Es claro que esto no se hace sin recursos. Durante el mes de junio de 2008, con el apoyo de la Agencia Canadiense para el Desarrollo hice una recorrida por varias Universidades de dicho país, estableciendo vínculos y haciendo una pregunta sustantiva: ¿cuál había sido la experiencia en vincular las Ciencias Sociales y las Ciencias Naturales en los estudios ambientales? Las respuestas fueron variadas pero se pueden resumir en dos modelos. En uno de ellos la Universidad creó un Departamento Interdisciplinario de Ciencias Ambientales

que era un espacio físico e intelectual que coordinaba la docencia y la investigación realizada por docentes que pertenecían a sus Facultades y Departamentos, quienes los autorizaban a trabajar parte de su tiempo en dicho espacio interdisciplinario. La ventaja de este modelo era su relativamente bajo costo y más sencilla instrumentación. Pero en las Universidades que lo habían seguido se lamentaban de que dicho Departamento, al casi no contar con recursos propios, tenía severas dificultades para instrumentar sus planes de trabajo. El otro modelo es mucho más radical y tal vez más potente: la Universidad había creado una Facultad de Estudios de Medio Ambiente con sus propios recursos edilicios, docentes y estudiantes. Pero cualquiera de los dos modelos mostraban una constante: la voluntad política de las autoridades universitarias de asignarle recursos suficientes para concretar la iniciativa.

En los inicios del siglo XXI se percibe un cambio en el tratamiento de la temática ambiental. Con mayor claridad en algunos países que en otros, el tema ya se ha instalado en la agenda política. Tal vez, este cambio tenga que ver tanto con las advertencias de los científicos, como con los avisos que la propia naturaleza nos está enviando. La posibilidad, casi una certeza, de un cambio climático en el transcurso de este siglo ha inducido a muchos políticos a comprender que es preciso pensar en el largo plazo, más allá de sus períodos de gobierno, reflexionando críticamente sobre el modelo de desarrollo actual. Los sucesivos informes de los organismos del sistema de Naciones Unidas han insistido en la vinculación entre economía, sociedad y ambiente para explicar los problemas del siglo XXI. En nuestro país, los dos principales polos del sistema nacional de Ciencia y Técnica, la Universidad de la República y la Agencia Nacional de Investigación e Innovación deberían redirigir esfuerzos y recursos para contribuir a pensar un modelo de desarrollo sustentable, fortaleciendo para ello la investigación y la formación de jóvenes investigadores en esta temática. Los investigadores de las Ciencias Sociales debemos ampliar la mirada, preguntándonos siempre cuál es el vínculo entre los fenómenos sociales que estamos estudiando y la problemática ambiental. Descubriremos con sorpresa, que los vínculos son mucho más frecuentes y determinantes de lo que imaginábamos en un principio.

Referencias

- ALVARADO, Raquel, 2007. Política Forestal, plantas de celulosa y debate ambiental. Uruguay tras un nuevo modelo de desarrollo. In: Vicente Palermo y Carlos Reboratti

- (Comp.) *Del Otro Lado del Río. Ambientalismo y Política entre uruguayos y argentinos*. Editorial Edhasa. Buenos Aires. pp:57-92
- BECK, Ulrich**. 1998. *La Sociedad del Riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Ediciones Paidós Ibérica. Barcelona-Buenos Aires. 304 pags.
- CMMAD**, 1987. *Nuestro Futuro Común. Informe de la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo*. Alianza Editorial.
- DALY, Herman**, 1997. De la economía del mundo vacío a la economía del mundo lleno. In: Robert Goodman et al (ed.) *Medio ambiente y desarrollo sostenible. Más allá del Informe Bruntland*. Editorial Trotta. Madrid. pp.37-50
- GLIGO, Nicolo** 2006. *Estilos de Desarrollo y medio ambiente en América Latina, un cuarto de siglo después*. CEPAL. Serie Medio Ambiente y Desarrollo n° 126. 109 pags.
- GUIMARAES, Roberto P.**, 2006. *Desarrollo Sustentable en América Latina y el Caribe: Desafíos y perspectivas a partir de Johannesburgo 2002*. In: Hector Alimonda (compilador) *Los Tormentos de la Materia. Aportes para una Ecología Política latinoamericana*. CLACSO Libros. Colección Grupos de Trabajo. Buenos Aires. 274 pags.
- HERRERA, Amilcar et al.** (1977), 2004. *¿Catástrofe o Nueva Sociedad? Modelo Latinoamericano 30 Años Después*. IDRC. IIED. Segunda Edición. 162 pags.
- LANDER, Edgardo**, 2007. *Tendencias dominantes de nuestra época. ¿Se nos agota el tiempo?* In: *Worlds and Knowledges Otherwise*. Fall 2007. pp.1-17.
- MALTHUS, Thomas Robert**, (1798) 1966. *Primer Ensayo sobre la Población*. Alianza Editorial. El Libro de Bolsillo. Madrid. 317 pags.
- MEADOWS, D.H., MEADOWS, D.L., RANDERS, J., & BEHERENS III, W.W.**, 1972. *The Limits to Growth: A Report for the Club of Rome's Project on the Predicament of Mankind*. New York: Universe Book.
- PNUD-BID**, 1990. *Nuestra Propia Agenda*. Comisión de Desarrollo y Medio Ambiente de América Latina y el Caribe.
- PNUD**, 2008 (a). *Informe sobre Desarrollo Humano 2007-2008. La Lucha contra el Cambio Climático: Solidaridad frente a un mundo dividido*.
- PNUD**, 2008 (b). *Informe Mundial sobre Desarrollo Humano 2007-2008. Uruguay: El cambio Climático aquí y ahora*. 36 pags. Montevideo. 2008
- REBORATTI, Carlos**, 2007. *Ambientalismo y conflicto ambiental en el río Uruguay*. In: Vicente Palermo y Carlos Reboratti (compiladores). *Del otro lado del río. Ambientalismo y política entre uruguayos y argentinos*. Buenos Aires: Edhasa. 254 pags. pp.129-148.
- ROGERS PETER P., KAZI F Jalal and John BOYD** 2007. *An Introduction to Sustainable Development*. EarthScan. UK and USA. 416 pags.
- SACHS, WOLFGANG**, 1997. *Sustainable Development*. In: Michael Redclift and Graham Woodgate. *The International Handbook of Environmental Sociology*. Edward Elgar Publishing Limited. U.K. 485 pags. pp. 71-82
- SPETH, James G. and Peter M. HAAS**, 2006. *Global Environmental Governance*. Washington.
- WORSTER, Donald**, 1997. *The Shaky Ground of Sustainability*. In: Wolfgang Sachs. (Ed.) *Global Ecology. A new arena of Political Conflict*. Zed Books. Fernwood Publishing. London & New Jersey; Halifax Nova Scotia. pp.132-145.

Resumen

Las sociedades humanas se han expandido de tal manera que muchos ecosistemas están hoy en el límite de su capacidad de carga. El paradigma del desarrollo del mundo occidental basado en el crecimiento económico y el consumo desmedido debe ser revisado. El concepto de Desarrollo Sustentable ofrece una mirada distinta en la búsqueda de un desarrollo equilibrado entre economía, sociedad y ambiente. La reconsideración del modelo de desarrollo es una cuestión política, pero la ciencia tiene mucho que aportar para comprender el pasado y re-diseñar el futuro. Las Ciencias Sociales están llamadas a realizar una importante contribución, analizando críticamente nuestras sociedades, buscando modificaciones en los hábitos, relaciones sociales y formas de vida.

Palabras clave: Desarrollo sustentable / Ciencias sociales / EcoPlata.

Summary

Human societies have expanded so much that many ecosystems are now beyond their supporting capacity. The development paradigm of the Western World based on economic growth and consumerism has to be reshaped. Sustainable Development offers a different conceptual framework to promote a development based in economic growth, social redistribution of incomes and care for the environment. Sustainable development is a matter of politics but social sciences have much to contribute in order to understand our past and think our future. Social Sciences are due to make an important critical contribution, searching for changes in our habits, social relations and ways of life.

Keywords: Sustainable development / Social sciences / EcoPlata.